



ugr

Universidad de Granada
Biblioteca Universitaria

Relato encadenado: Cervantes Shakespeare

#bugrelato #Díadelibro2016

En un lugar de la Mancha...

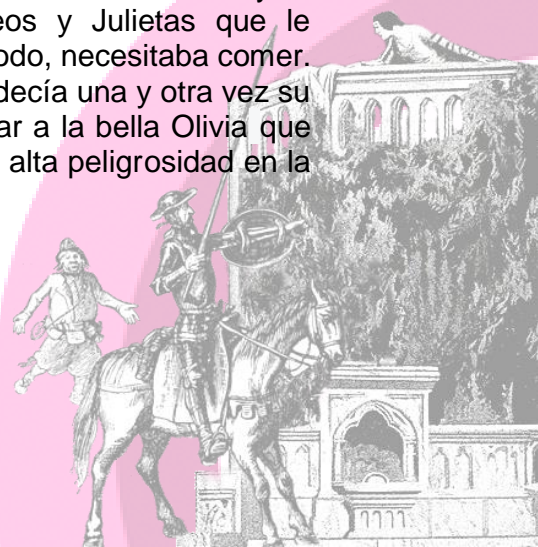
Donde los individuos se pierden entre la velocidad de las aspas de su propio tiempo, donde la locura es una raíz de la que partir para ser feliz, para ser sabio. Ver Dulcineas, Sanchos y Quijotes es común en la gran ciudad, la valentía ya no se valora, recuerde que usted nació para ser libre y justo en lo más profundo de su corazón. En la realidad exterior lo único que importa es actuar como un bufón, siendo lo más bromista y molesto posible; el mismísimo Mercucio en su sepultura permanece en vigilia mientras que el honesto lamenta no poseer la gracia para conquistar a una hermosa y altanera joven que alguna vez ha visto lavando en el río. Santiago llevaba años haciendo eso, jugando a pensarse en tercera persona, a narrarse en tercera persona. He escrito "jugando"; no era un juego. Era más bien una condena que le hacía envidiar a aquel Alonso Quijano que sólo era narrado, y en ningún caso narrador de sus propios afanes. Santiago estaba obsesionado con El Quijote. Lo de tratarse a sí mismo de usted en diferido era simple y puro cachondeo. Santiago creía -no le faltaba razón- que la parodia lo salvaría del ridículo. Lo ha pensado muchas veces, señor Santiago -se decía- que esa obsesión por lo doble que lo persigue no es más que un prurito adolescente.

Esta maldita soledad lo está volviendo loco. Entre estas paredes que huelen a orín, enfermedad y muerte. Santiago recuerda. Y Santiago llora. Y mientras tanto pensaba en lo feliz que sería caminando por la Mancha, como antaño hacía su admirado héroe. Lanza en mano y mente libre, su pensamiento volaba hacia miles de molinos mientras su cuerpo yacía en la soledad de su celda.

Pero Santiago, ¿no ve que tiene usted una jornada laboral de 10 horas? ¿No ve que de esas diez cotiza cuatro? ¿No ve, Santiago, no ve, que después del trabajo tiene que irse usted a darle a los pedales del sistema en un gimnasio maloliente de tan bien que huele? ¿Qué molinos ni que ocho cuartos? Pero Santiago -se decía Santiago-, ¿es usted imbécil, o qué le pasa? Y sin embargo, el hombre moderno -había leído Santiago (o la mujer moderna -no pudo evitar apostillarse a sí mismo)- necesita esa espita, esa esclusa por la que dejar salir el aire, esas ganas de explotar que el fútbol, el baloncesto o la lucha libre suelen apaciguar. Necesitaba construir un mundo e inspirarse en las cosas que invadían su vida diaria y la hacían aburrida, necesitaba construir sus propios Romeos y Julietas que le hicieran usar la magia que todo soñador poseía. Pero ante todo, necesitaba comer. ¿Cuántos días habían pasado desde su última ingesta? Maldecía una y otra vez su mala cabeza de camino a la cocina, no sin antes contemplar a la bella Olivia que en cuclillas, con la nuca pajiza, espina torcida cual tramo de alta peligrosidad en la A92, se afanaba con una sopa de cebolla:



<http://sl.ugr.es/DiaLibro2016>





-My lady, mucho fluido y poco cueces... - dijo mientras removía el contenido de la olla. La habitación estaba impregnada de olores que convertían su lengua en un océano de saliva, desesperada por llevarse algo a la boca. Empero hambre que espera hartarse no es hambre, amigo Sancho. Por eso yo estoy más seca que un escarzo. Pensaba ella mientras las tripas le zurrían más y más... ¿Qué haría yo sin ti, mi querida Olivia? - preguntó, a modo de confesión Santiago. Pero el vacío de aquella habitación le devolvió un fatídico silencio que retumbó en su corazón. Ella ya no estaba. Cerró los ojos y pensó que todo seguía igual: impassible y estático. Ningún cambio. Sólo fantasmas, sopa de cebolla y unos gigantes tan reales que cualquier intento de lucha contra ellos significaba estrellar la cabeza desnuda contra un molino de viento. Molino de viento observado desde su ser o no ser se cuestionaba Santiago tal asunto, obnubilado y penetrante en sus pensamientos exclamó ¡"la brevedad es el alma del ingenio"! y descendió mirífico a la cueva de Montesinos. ¿Era ser o no ser la cuestión? ¿Merecía un hombre bondadoso como Santiago tales calamidades? Quizá no ser era la solución, así podría reunirse con su amada Olivia. Columbró la sombra de aquel ser al que el paso del tiempo no le había hecho ningún favor y con gran zozobra se apresuró hacia la sogá. Demasiado dramático, lo sabía, pero uno no se despedía del mundo de los vivos todos los días. Besaría los labios de su Julieta muy pronto. Y con la sogá al cuello y el olor de la olla en la nariz, pensó en la frase del Quijote: "A quien se humilla, Dios ensalza". Llevaba toda la vida humillándose y Dios ni se había asomado por su casa. Y sin embargo, de repente comprendió que su acción era fruto del malvado sabio Frestón, que la había elucubrado en su mente para frenar sus propósitos. ¿Pues acaso existe desdicha tal que permita dar fin a tan noble empresa?

De pronto, la algazara de unos guachos que provenía del exterior llamó su atención. Supuso entonces que su viejo mulo "el rucio" y su chivo Rocinante podrían correr alguna amenaza, por lo que apresuradamente se dirigió hacia donde ellos se encontraban. Más cuál fue la sorpresa que:

- Pero, ¿qué le pasa a usted, Santiago? Vamos a ver: ¿algazara, columbrar, guachos, zozobra?

- Joder, parece usted tonto. O que se haya caído de una máquina del tiempo que volaba a mucha altura. Recapitulemos, Santiago, recapitulemos... "Es verdad, es verdad", se decía Santiago. Vamos a ver: lo que tengo es hambre. Como Cervantes. Como José Hierro (?). Como el poeta chileno aquel, o peruano, o no sé qué, el de

Molino de viento
Molino de invento
Molino de intento
Molino de cientos
Molino de hierro
José Hierro
José Fierro
Martín Fierro
Martín Heidegger
Adolf Hitler

...





Tiene usted que comer algo, Santiago. Pida unas pidsas. Ipso facto

Pero ¿y si realmente no tenía hambre? ¿Y si realmente los rocinantes o los molinos eran solo parte viva en su cabeza? Todo era confuso, como si estuviera atrapado en un remolino de hambres y rostros... Casi tanto como Ophelia, que se encontró atrapada en un conflicto del ser o no ser de su amado con el que ella mil veces había soñado; pero ese sueño anhelado de princesa en un mundo encantado, acabaría finalmente en un río, un llanto desesperado, flores en su pelo y su rostro helado.

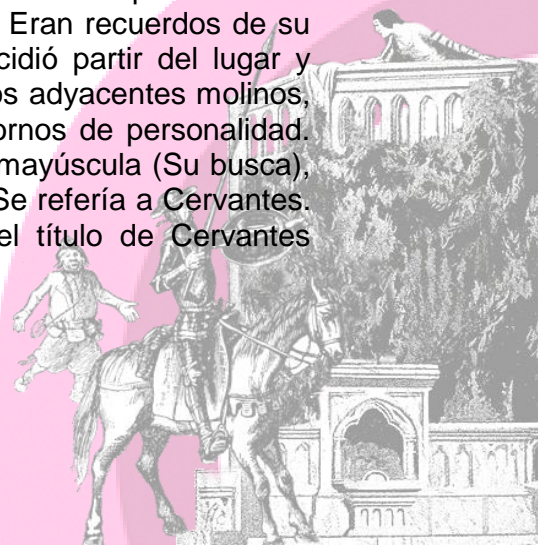
En esas disquisiciones andaba Santiago, pero sonó el timbre y recordó súbitamente las enseñanzas de un profeta de nuestro tiempo: "esas disquisiciones, Santiago, no conducen a parte alguna". Era el *pidsero*, que traía un aroma a queso fundido y a las palabras de un visionario. Las meditaciones de Santiago quedaron ocultas tras el rugir de sus tripas Santiago saboreó su *pidsa* con gran alegría, y con buen humor. Pensaba "qué listo es usted Santiago, cuánto ama usted a su querida Ofelia, cuánto hacía que no comía caliente". Luego pensó que la *pidsa* costaba cinco euros, *id est*: una hora de su trabajo. Más la hora que tardaría en comérsela, claro... Sólo pudo susurrar "La separación es tan dulce pena que diré 'buenas noches'" hasta que amanezca" fue entonces cuando una lenta lágrima recorrió su rostro de porcelana, sus bellos y tristes ojos se quedaron vacíos y un suspiro de tristeza surgió de lo más profundo de su corazón, sabía que jamás su amado conocería su pena, su desesperación por tener que alejarse de él para protegerle y mantener así su honor y su vida a salvo. Poco importaba ahí su desdicha, valía la pena por su amor, a quien vería a salvo desde la distancia... Joder, sí que amaba la *pidsa*. Pero no podía verla acabarse. Oh dulce contradicción, oh tentación del paladar. Cuanto más injusta y pequeña, era la *pidsa* cada vez.

Así las cosas, y tras una hora de engullir *pidsa* sin parar, entre lloros y sollozos por verla disminuir en tamaño, agarró su *smartphone* de última generación y recorrió raudo los dos kilómetros y medio que distaban de su casa unos molinos blancos, altos, altísimos, delgados, de aspas puntiagudas y eólica fuerza que, se dijo, quedarían estupendamente en su recién estrenada cuenta de Instagram. Todos los héroes, se dijo mientras se bajaba la aplicación, deben cuidar de sus fans; que Allah, o Buda, o Yavhe, o Dios, o el Monstruo del Espagueti Volador, o el vacío del universo contemplado por las matemáticas bendiga la tecnología y las redes sociales.

Y esa fue la primera contribución de Santiago a las redes sociales: un selfie con los molinos. Mientras pensaba en su amada, se percató de que Don Quijote ya estaba en Instagram, ¡llegaba tarde! Y en su acto de locura más humano, decidieron borrar su pasado más reciente para volver a sus raíces más profundas, las que les llevaron a disfrutar de verdad de la vida, de sus amigos, de su familia. Subió a lo alto del cerro, donde los molinos gemían al girar movidos por el viento. Cerró los ojos y respiró profundamente el aroma que traía. Eran recuerdos de su compañía y de otras horas. La del alba sería cuando decidió partir del lugar y marchar en su busca... Pero ¿en busca de quién? No de los adyacentes molinos, claro. Tampoco de sí mismo, a pesar de sus graves trastornos de personalidad. ¿De Ophelia? ¿De la *pidsa*? ¿De Almotásim? Si fuera con mayúscula (Su busca), estaría claro, pero en este caso... A no ser que... ¡claro! ...Se refería a Cervantes. Así que la pregunta era clara: ¿quién merece ostentar el título de Cervantes



<http://sl.ugr.es/DiaLibro2016>





ugr

Universidad de Granada
Biblioteca Universitaria

moderno? ¿Quién, que esté vivo? ¿Manuel Vilas? Quizá. No Pérez Reverte, claro, ni Vargas Llosa, ni Javier Marías, ni nadie de esa troupe. "Piense, Santiago, piense".... Lista de postulantes para ser Cervantes.

Nega (de LCDM) -> Pasable.

El niño de las pinturas -> Pasable.

Paco León -> No.

Gonzalo Torrente Malvido -> Perfecto, pero está muerto.

Álvaro Lorite -> Perfecto, pero está demasiado vivo.

Constantino Bértolo -> Bien.

Marta Sanz -> Bien.

Chenoa -> No.

Cecilio G -> Pasable.

La Santísima Virgen María (DJ) -> Bien.

[Extracto del diario de don Santiago].

En los días siguientes se le ocurrieron muchos otros nombres. Pensó en Carlos Pardo, en Erika Martínez, en Elvira Navarro. Pensó en Iosi Havilio, en Andrés Neuman, en Federico Jiménez Losantos. Pensó en Felipe González y en Mossack Fonseca, pero al final decidió quedarse con Marta Sanz. ¿Por qué? Por su concepción y desempeño del oficio literario, que es como decir: por su forma de sobrevivir.

Sí, Marta Sanz sería su Cervantes. Ahora tenía varios problemas. En primer lugar: llevaba tres días sentado al pie de lo que pensaba eran unos molinos pero en realidad eran unos generadores eólicos de la Red Eléctrica Española. Segundo: había llovido y Santiago estaba medio hundido en el fango. Y por último, el problema que lo había acompañado durante casi toda su vida: Santiago tenía hambre. Hermosos tiempos aquellos en los que consumía una *pidsa*.

Nunca halló a Marta Sanz, pero murió (de hambre) como un hombre libre. Qué infantil eres, Santiago. Pero no estaba muerto, solo dormía con la panza llena de tanta *pidsa*. Se olvidó de Marta, de escritores y políticos, de su siglo y de facebook. Soñó con su amigo Sancho y con espadas, cogió una y se fue a vencer a los molinos gigantes.

FIN



<http://sl.ugr.es/DiaLibro2016>

